

Landesbibliothek Oldenburg

Digitalisierung von Drucken

Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha

En Quatro Tomos

Cervantes Saavedra, Miguel de

Londres, 1738

Capitulo XXXV. Donde se prosigue la noticia que tuvo Don Quixote del desencanto de Dulcinea, con otros admirables sucessos.

urn:nbn:de:gbv:45:1-1686

CAPITULO XXXV.

Donde se prosigue la noticia que tuvo Don Quixote del desencanto de Dulcinèa, con otros admirables sucesos.

AL compàs de la agradàble musica vièron, que hàzia ellos venìa un carro de los que llaman Triunfales, tiràdo de seys mulas pardas, encubertàdas, empèro, de lienço blanco, y sobre cada una venìa un disciplinànte de luz, afimifmo vestido de blanco, con una hacha de cera grande encendida en la mano. Era el carro dos vezes, y aun tres mayor que los pasàdos, y los lados, y encima del ocupàvan otros doze disciplinàntes albos como la nieve, todos con sus hachas encendidas: (Vista que admirava, y espantàva juntamènte) y en un levantàdo trono venìa sentàda una Ninfa vestida de mil velos de tela de plata, brillando por todos ellos infinitas hojas de argenterìa de oro, que la hazian fino rica, alomènos vistofamènte vestida. Traya el rostro cubièrto con un transparente, y delicàdo cendal, de modo, que sin impedirlo sus lizos, por entre ellos se descubrià un hermosifmo rostro de donzèlla, y las muchas luzes davan lugar para distinguir la belleza, y los años, que al parecèr no llegavan à veynte, ni baxavan de diez y siete. Junto à ella venìa una figura vestida de una ropa de las que llaman *rozagàntes* hasta los pies, cubierta la cabeça con un velo nègro: Pero al punto que llegò el carro à estàr frente à frente de los Duques, y de Don Quixote, cesò la musica de las chirimias, y la de las harpas, y laudes, que en el carro sonàvan; y levantàndose en pie la figura
de

de la ropa, la apartò à entrambos lados, y quitàndose el velo del rostro, descubriò patentemènte ser la mesma figura de la muerte descarnada, y fea, de que Don Quixote recibìo pesadumbre, y Sancho miedo, y los Duques hizieron algun sentimiènto temeròso. Alçada, y puesta en pie esta muerte viva, con voz algo dormida, y con lengua no muy despièrta, començò à dezir desta manera.

Yo soy, Merlin, aquel que las històrias
 Dizen, que tùve por mi padre al diablo,
 Mentira autorizàda de los tiempos,
 Principe de la magica, y monarca,
 Y archivo de la ciencia Zoroastrica,
 Emulo à las edàdes, y à los figlos,
 Que solapàr pretènden las hazañas
 De los andantes bravos Cavallèros,
 A quien yo tùve, y tengo gran cariño.

Y puesto que es de los encantadóres,
 De los Magos, ó Magicos contino.
 Dura la condicion, àspera, y fuèrte,
 La mia es tierna, blànda, y amoròsa,
 Y amiga de hazèr bien à todas gentes.
 En las cavèrnas lobregas de Dite,
 Donde estàva mi alma entretenida,
 En formàr ciertos rombos, y caractères,
 Llegò la voz doliente de la bella
 Y sin par Dulcinèa del Tobòso.

Sùpe su encantamiènto, y su desgracia
 Y su transformacion de gentil dama

En



DON QUIXOTE DE LA MANCHA

En rustica aldeana: Condolime,
 Y encerrando mi espíritu en el hueco
 Desta espantosa, y fiera notomia,
 Despues de avèr rebuelto cien mil libros
 Desta mi ciencia endemoniada, y torpe,
 Vengo à dâr el remedio que conviène
 A tamaño dolor, à mal tamaño.

O tu Gloria y honor de quantos visten
 Las tunicas de azèro, y de diamante,
 Luz, y farol, fendèro, norte, y guia
 De aquellos, que dexando el torpe sueño,
 Y las ociosas plumas, se acomodan
 A ùsar el exercicio intolerable
 De las sangrientas, y pesadas armas,
 A ti digo, ô varon como se deve
 Por Jamas alabado, à ti valiente

Juntamente, y discreto Don Quixote,
 De la Mancha esplendor, de España estrella,
 Que para recobrar su estado primo
 La fin par Dulcinèa del Toboso,
 Es menester que Sancho tu escudero,
 Se dè tres mil açotes, y trecientos
 En ambas sus valientes posaderas
 Al ayre descubiertas, y de modo,
 Que le escuezan, amarguen, y le enfaden:
 Y en esto se refuelven todos quantos
 De su desgracia han sido los autores;
 Y à esto es mi venida, mis Señores.

VOTO

VOTO à tal, dixo à esta fazon Sancho, no digo tres mil açotes, pero assi me darè yo tres, como tres puñalàdas. Válate el diablo por modo de defencantàr; yo no sè que tienen que vèr mis posas con los encantos? Par Dios, que si el Señor Merlin no hà hallàdo otra manera como defencantàr à la Señora Dulcinèa del Tobòso, encantàda se podrà ir à la sepultùra. Tomàros he yo, dixo Don Quixote, Don Villano, harto de ajos, y amarràros hè à un arbol desnùdo, como vuestra madre os pariò; y no digo yo tres mil, y trecientos, fino seys mil, y seyscientos açotes os darè tan bien pegados, que no se os caygan à tres mil, y trecientos tirones: Y no me repliquèys palabra, que os arrancarè el alma. Oyèndo lo qual Merlin, dixo: No ha de fer assi, porque los açotes, que hà dè recibir el buen Sancho, han de sèr por su voluntàd, y no por fuerça, y en el tiempo que el quisiere, que no se le pone termino señalàdo; pero permítesele, que si el quisiere redimìr su vexaciòn por la mitad deste vapulamièto, puede dexàr que se los dè agena mano, aunque sea algo pesàda. Ni agena, ni pròpia, ni pesàda, ni por pesàr, replicò Sancho, à mi no me hà de tocàr alguna mano. Parì yo por ventùra à la Señora Dulcinèa del Tobòso, para que paguen mis pòsas lo que pecaron sus ojos? El Señor mi amo sí, que es parte fuya, pues la llama à cada passò, mi vida, mi alma, sustento, y arrimo fuyo, se puede, y deve açotàr por ella, y hazèr todas las diligencias necessarias por su defencànto: Pero açotàrme yo, abernùncio.

A PENAS acabò de dezir esto Sancho, quando levantàndose en pie la argentàda Ninfa, que junto al espíritu de
Merlin



Merlin venia, quitàndose el futil velo del rostro, le descubrió tal, que à todos pareció mas que demasiadamente hermóso; y con un desenfado varonil, y con una voz no muy adamada, hablàndo derechamente con Sancho Pança, dixo: O malaventurado escudero, alma de cantaro, coraçon de alcornoque, de entrañas guygeñas, y apedernaladas! Si te mandàran, ladron desuella-caras, que te arrojàras de una alta torre al suelo; si te pidièran, enemigo del genero humano, que te comieras una dozena de sapos, dos de lagartos, y tres de culèbras; si te persuadièran à que matàras à tu muger, y à tus hijos con algun truculento, y agúdo Alfange, no fuera maravilla, que te mostràras melindroso, y esquivo: Pero hazer caso de tres mil, y trecientos açotes, que no ay niño de la doctrina, por ruyn que sea, que no se los lleve cada mes, admira, adarva, y espanta à todas las entrañas piadosas de los que lo escùchan, y aun à las de todos aquellos, que lo vinièren à saber con el discurso del tiempo! Pon, ô miseràble, y endurecido animal, pon, digo, esos tus ojos de machuelo espantadizo en las niñas destos mios comparados à rutilantes estrellas, y veràslos llorar hilo à hilo, y madexa à madexa, haziendo surcos, carrèras, y sendas por los hermófos campos de mis mexillas. Muévate, focarròn, y mal intencionado monstro, que la edad tan florida mia (que aun se està toda via en el diez y... de los años, pues tengo diez y nueve, y no llego à veynte) se consume, y marchita debaxo de la corteza de una rustica labradora; y si aora no lo parèzco, es mercèd particular que me ha hecho el Señor Merlin (que està presente) solo porque te enternèzca mi belleza; que las lagrimas

mas

mas de una affigida hermosura buèlven en algodón los-riscos, y los tigres en ovèjas. Date, date en effas carnaças, bestion indòmito, y faca de haron effe brio, que à solo comèr, y mas comèr te inclina, y pon en libertad la lisura de mis carnes, la mansedumbre de mi condicion, y la belleza de mi faz; y si por mi no quières ablandarte, ni reduzìrte à algun razonable termino, hazlo por effe pobre Cavallero, que à tu lado tienes (por tu amo digo) de quien estòy viendo el alma, que la tiene atravesada en la garganta, no diez dedos de los labios, que no espèra fino tu rigida, ó blanda respuèsta, ó para salirse por la boca, ó para bolverse al estòmago.

TENTÒSE, oyendo esto, la garganta Don Quixote, y dixo bolviendose al Duque: Por Dios, Señor, que Dulcinèa hà dicho la verdad; que aqui tengo el alma atravesada en la garganta como una nuez de ballèsta. Que dezis vos à esto, Sancho? preguntò la Duquesia. Digo, Señora, respondiò Sancho, lo que tengo dicho, que de los açotes avernuncio. Abrenuncio avèys de dezir, Sancho, y no como dezis, dixo el Duque. Dèxeme vuestra grandeza, respondiò Sancho, que no estòy agora para miràr en futilidades, ni en letras mas à menos; porque me tienen tan turbado estos açotes que me hàn de dàr, ó me tengo de dàr, que no sè lo que me digo, ni lo que me hago. Pero querria yo sabèr de la Señora mi Señora Doña Dulcinèa del Tobòso, adonde aprendiò el modo de rogàr que tiene? Viene à pedirme, que me abra las carnes à açotes, y llàmame alma de càntaro, y bestion indòmito, con una tira mira de malos nombres, que el diablo los sùfra? Por



ventura son mis carnes de brònze? O vame à mi algo en que se defencànte, ô no? Que canasta de ropa blanca, de camifas, de tocadores, y de escarpines (aunque no los gasto) tràe delante de sî para ablandàrme, fino un vituperio y otro, sabièndo aquel refran, que dizen por ay: *Que un asno cargado de oro sube ligero por una montaña; y que dàdivas quebràntan peñas, y à Dios rogàndo, y con el maço dando; y que, mas vale un toma, que dos te darè.* Pues el Señor mi amo, que avia de traèrme la mano por el cerro, y halagàrme para que yo me hizièsse de lana, y de algodòn cardado, dize que si me coje, me amarrarà desnudo à un arbol, y me doblarà la parada de los açotes? Y avian de consideràr estos lastimados Señores, que no solamènte piden que se açote un escudero, fino un Governador, como quien dize, bebe con guindas. Aprèndan, aprèndan, mucho de en hora mala, à sabèr rogàr, y à sabèr pedir, y à tenèr criança; que no son todos los tiempos unos, ni estàn los hombres siempre de un buen humor. Estòy yo aora rebentàndo de pena, por ver mi fayo verde roto, y viènen à pedirme, que me açote de mi voluntad, estàndo ella tan agena dello como de bolvèrme Cazique? Pues en verdad, amigo Sancho, dixo el Duque, que fino os ablandàys mas que una breva madura, que no avèys de empuñar el Govièrno. Bueno ferìa, que yo embiàsse à mis insulanos un Governador cruel, de entrañas pedernalinas, que no se doblèga à las lagrimas de las afligidas donzellas, ni à los ruegos de discretos imperiosos, y antiguos encantadores, y sabios? En resolucion, Sancho, ô vos avèys de ser açotado, ô os han de açotàr, ô no avèys de ser Governador:

vernador : Señor, respondiò Sancho, no se me darían dos dias de termino para pensàr lo que me està mejor ? No en ninguna manera, dixo Merlin : Aquí en este instante y en este lugar hà de quedàr affentado lo que hà de sèr deste negocio. O Dulcinèa bolverà à la cueva de Montefinos, y à su pristino estàdo de labradora, ó ya en el sèr que està, ferà llevada à los Eliseos campos, donde estarà esperàndo, se cumpla el numero del vapulo. Ea buen Sancho, dixo la Duquesa, buen animo, y buena correspondencia al pan que avèys comido del Señor Don Quixote, à quièn todos devèmos servir, y agradàr por su buena condicion, y por sus altas Cavallerias. Dad el *Si*, Hijo, desta açotayna, y vàyase el diablo para diablo, y el temor para mezquino ; que un buen coraçon quebranta mala ventura, como vos bien sabèys. A estas razones respondiò con estas disparatadas Sancho, que hablando con Merlin, le preguntò : Dìgame vuestra merced, Señor Merlin : Quando llegò aquí el diablo corrè, y diò à mi amo un recado del Señor Montefinos, mandàndole de su parte, que le esperàsse aquí, porque venia à dar orden de que la Señora Doña Dulcinèa del Toboso se desencantàsse (y hasta agora no hèmòs visto à Montefinos, ni à sus femejas) donde està ? A lo qual respondiò Merlin : El diablo, amigo Sancho, es un ignorante, y un grandissimo vellaco : Yo le embiè en busca de vuestro amo, pero no con recado de Montefinos, fino mio ; porque Montefinos se està en su cueva, entendièdo, ó por mejor dezir, esperàndo su desencanto, que aun le falta la cola por defollàr. Si os deve algo, ó tenèys alguna cosa que negociàr con el, yo os lo traerè, y pondrè donde



vos mas quisièredes; y por aora acabàd de dár el *Si* desta disciplina; y creèdme, que os ferà de mucho provècho, assi para el alma, como para el cuèrpo: Para el alma, por la caridad con que la harèys: Para el cuerpo, porque yo sè, que soys de complexion sanguinea, y no os podrà hazer daño facàros un poco de fangre. Muchos medicos ày en el mundo; hasta los encantadòres son medicos, replicò Sancho: Pero pues todos me lo dizen, aunque yo no me lo vèò, digo que sòy contentò de darme los tres mil, y trecientos açotes con condicion, que me los tengo de dár cada, y quando que yo quisiere, fin que se me ponga tassa en los dias, ni en el tiempo; y yo procurarè salir de la dèuda lo mas presto que sèa possible, porque goze el mundo de la hermosura de la Señora Doña Dulcinèa del Toboso, pues segun parece, al reves de lo que yo pensava, en efeto es hermosa. Ha de sèr tambien condicion, que no he de estàr obligado à facarme fangre con la disciplina; y que si algunos açotes fuèren de mosqueto, se me han de tomàr en cuenta. Iten, que si me errare en el numero, el Señor Merlin (pues lo sabe todo) hà de tenèr cuydado de contarlos, y de avisarme los que me faltan, ò los que me sobran. De los sobrados no avrà que avisar, respondiò Merlin, porque en llegàndo al cabal numero, luego quedará de improvisò desencantada la Señora Dulcinèa, y vendrà à buscar como agradecida al buen Sancho, y à darle gracias, y aun premios por la buena obra: Assi que no ày de que tenèr escrupulo de las sobras, ni de las faltas; ni el Cielo permita, que yo engañe à nadie, aunque sèa en un pelo de la cabeça. Ea pues, à la mano de Dios, dixo Sancho, yo
consiento

confiento en mi mala ventura: Digo, que yo accepto la penitencia con las condiciones apuntadas. A penas dixo estas ultimas palabras Sancho, quando bolviò à sonar la musica de las chirimias, y se bolvièron à disparar infinitos arcabuzes, y Don Quixote se colgò del cuello de Sancho, dándole mil besos en la frente, y en las mexillas. La Duquesa, y el Duque, y todos los circunstantes dièron muestras de avèr recibido grandissimo contento; y el carro començò à caminar; y al pasàr, la hermosa Dulcinèa inclinò la cabeça à los Duques, y hizo una gran reverencia à Sancho. Yà en esto se venia à mas andàr el alva alegre, y risueña; las florezillas de los campos se descollavan, y erguian; y los líquidos cristales de los arroyuelos murmurando por entre blancas y pardas guijas, ivan à dar tributo à los rios que los esperavan. La tierra alegre, el Cielo claro, el ayre limpio, la luz serena cada uno por si, y todos juntos davan manifiestas señales, que el dia, que al aurora venia pisando las faldas, avia de ser sereno y claro. Y fatisfechos los Duques de la caça, y de avèr conseguido su intencion tan discreta y felizmente, se bolvièron à su castillo con presupuesto de segundar en sus burlas; que para ellos no avia veras que mas gusto les diessen.

C A P I-

